

- ¿No es precioso este cielo estrellado? - preguntó ella maravillada

- Sí, es precioso - contestó él

Esa noche las estrellas brillaban más que nunca y la luna proyectaba una tenue luz sobre la ciudad. Los dos adolescentes, tumbados en el verde césped y rodeados, únicamente, por un majestuoso árbol, descubrieron un sentimiento nuevo y extraño: "el amor"

Él llevaba unos vaqueros grises y el pelo engominado. Ella un vestidito amarillo, con zapatos a juego y el típico peinado de la época, con una voluminosa melera que dejaba ver su bello rostro.

No se si fue por la magia de las estrellas o por la belleza de la luna, pero esos dos adolescentes se enamoraron al instante. Él la estrechó entre sus brazos y sus labios se fundieron en un beso. La magia surgió entre ellos y les pareció volar entre el oscuro cielo hasta llegar más allá; a un universo paralelo donde no existían más que ellos dos, y la brillante luz de las estrellas

- Así fue como conocí a vuestra abuela - concluyó entre lágrimas el anciano

- ¿Así, de repente? - preguntó la pequeña niña entusiasmada por la fascinación del relato

- Eso es, de repente - repitió el abuelo tratando de convencerse de aquellas palabras

- Cuenta más abuelo - dijo su nieto excitado mientras reposaba en sus piernas

- Esta vez empezaré por el principio:

Éran tiempos difíciles en el instituto Hernán Cortes. Me encontraba en último curso y no daba abasto. Entre los estudios, el deporte y la vida social, no tenía casi tiempo para mí mismo. Yo no era de los más populares del instituto, no era atleta, guapo, ni tampoco fuerte.

Vuestra abuela me había enamorado desde el primer día que la vi. La primera vez que pasó por mi lado se me erizó la piel y pude sentir los latidos de mi corazón incluso en los dedos de los pies.

Aquel día, entré al instituto con la cabeza alta. Normalmente el instituto era una pesadilla. Entre las clases, los alumnos y la capacidad de que las noticias vuelen, no había un sitio en el que respirar tranquilo. Claro, luego estaba el pasado de Pedro Martínez, el hombre más egoísta y abusón de todo el continente europeo. Siempre me insultaba en público para ganar

las risas de sus amigos y de las chicas que lo acompañaban.

Tu abuela, Rosa, llegó desde otro colegio. Era una chica más bien misteriosa, fuera de los estereotipos. Tenía una larga melena roja y unos maravillosos ojos verdes.

No sé si fue mala suerte o la belleza de Rosa, pero Pedro también se enamoró de ella. La estrategia para ligar de Pedro era meterse con otras personas para impresionar a las chicas. Ese día decidió burlarse de mí con algo tan simple como ponerme la zancadilla en las escaleras. Carí de libros y todos los libros de mi mochila salieron volando. Pedro se despidió con una gran risa y se fue escaleras abajo con sus "colegas". Rosa, efectuando un acto de bondad se agachó a ayudarme y recogió mis libros.

- Ayyy... ¿estás bien? Odio a los abusones de pacotilla - me dijo mientras se agachaba.

- Sí - era la única persona en todo el instituto que se preocupaba por mí y lo único que se me ocurrió decirle fue "Sí". Sonó el timbre que marcaba el inicio de las clases y ella se fue sin decir su nombre.

Por la tarde, volviendo a casa, vi algo muy extraño en casa de Pedro. Pedro estaba empujando una silla de ruedas con su madre sobre ella.

- Hijo, ¿has comprado mis medicinas? - preguntó su madre con voz débil. La silla tembló y se desprendió una pierna.

- No mamá, falta dinero para comprarlas, nos lo hemos gastado en comida. También necesitamos una silla nueva - contestó él con voz triste.

En ese momento pude comprobar la otra faceta de Pedro. Aunque en el instituto fuese un hombre duro y vago, se dejaba la vida trabajando en casa para ayudar a su madre.

- Si tu padre siguiera con nosotros... - prosiguió su madre.

Me fui antes de que Pedro me viera. Decidí ayudarlo a conseguir medicinas, pero no podía yo solo.

Al día siguiente intenté reunir gente del instituto que quisiera aportar algo para Pedro, pero prácticamente nadie me hizo caso. Necesitaba una nueva estrategia, y sabía que solo había una persona que podía ayudar.

- Hola, soy Miguel, me ayudaste el otro día cuando Pedro me empujó en las escaleras, quería darte las gracias por eso y pedirte un favor - dije con vergüenza.

- Me llamo Rosa ¿qué necesitas? - contestó ella con voz dulce. Le conté lo que había visto en casa de Pedro.

- Necesito que me ayudes a conseguir donaciones para Pedro. Por mucho daño que me haya hecho a mí y a otros chicos del instituto - finalicé con valor.

- Te ayudaré - contestó ella. - Necesitamos conseguir gente dispuesta a ayudar a los demás, que quieran donar algo para Pedro. ¿Por dónde deberíamos empezar a buscar? - preguntó.

-Podríamos organizar un mercadillo benéfico, vendiendo objetos viejos y prendas. -ideé yo al momento

-¿Cuánto dinero necesitamos aproximadamente? -dijo Rosa cada vez más convencida de mi idea.

-Todo el que podamos conseguir -contesté

Poco a poco fuimos reuniendo material y gente para el mercadillo.

-Pronto lo montaríamos y empezaríamos a reunir dinero para Pedro. -

Buscando gente para el mercadillo vi a Pedro, obligando a un compañero del instituto a darle su merienda. Me metí en el baño para quedar apartado del asunto. Desde ahí pude oírlo todo.

-No te voy a dar mi merienda - se defendió la víctima.

- ¡Dame tu bocata! - dijo Pedro en voz alta.

-Pídele a tu padre que te haga uno, si puedes - dijo uno de los estudiantes de alrededor con mala intención en sus palabras

Pedro se quedó parado un momento, y después de un rato salió corriendo hacia el baño. Pude ver su cara por el hueco de la puerta. Una lágrima silenciosa y cristalina resbalaba por su mejilla.

-¿Estás bien? - le pregunté al salir de mi escondite

- ¡No me pasa nada, fuera de aquí! - me gritó frustrado.

Abandoné la estancia para no avivar la llama de su dolor.

Desde entonces Pedro me trató de forma diferente, ya no era tan duro conmigo.

Por fin llegó el día. Tocaba montar el mercadillo. Fue un día agotador, tuvimos que mover mesas, cajas y todo el material de un lado para otro.

-Sabes, eras muy valiente por lo que has hecho. Después de todo lo que te he hecho ese abusón, que muevas cielo y tierra por ayudarme me parece muy generoso. - me dijo nuestra abuela mientras preparábamos el mercadillo.

-Gracias, a mí me parece increíble que hayas accedido a ayudarme, sin apenas conocerme - respondí. Quería que ese instante durase para siempre. Yo solo con Rosa, moviendo cajas de un lado a otro, compartiendo la ilusión del momento entre sonrisas.

-Buenos días, ¿para qué estáis montando este mercadillo? ¿Es un mercadillo benéfico o algo así? - preguntó la señora Hermenegilda, vecina del barrio.

-Sí, lo hacemos para ayudar a un niño del instituto que tiene problemas familiares y necesita dinero para medicinas - contestó Rosa sin dudar.

- Pues dejad que haga mi primera aportación. - dijo Hermenegilda sacando un billete de 2 mil pesetas.

- ¿Qué quiere a cambio señora Hermenegilda? - empecé yo con mis obtes de buen vendedor. - Le puedo ofrecer una lámpara de mesa, una bici que le encantará a su hijo, o lo último en tecnología del hogar, una estufa eléctrica para los días de frío. - finalicé

- Me llevo la bici, mi hijo me ha estado pidiendo una últimamente. - soltó el billete sobre la mesa.

- Quedarse el cambio - dijo mientras se marchaba arrastrando la bici.

¡Dos mil pesetas! Acabábamos de empezar y ya teníamos dos mil pesetas. A este ritmo reuniríamos dinero de sobra.

La cantidad de dinero iba subiendo, al igual que nuestro prestigio. Cada vez teníamos más clientes y donantes. Incluso Pedro se interesó por donar algo, aunque ni siquiera sabía que el dinero recolectado sería para él.

- Me han dicho que hacéis un mercadillo benéfico, ¿para qué causa? - preguntó Pedro.

- Es para ayudar a los niños que no tienen para comer - improvisé yo. Pedro se marchó. Yo pensaba que no volvería, pero regresó con una vieja cometa y un par de cuerdas de repuesto.

- Mi padre me regaló esta cometa cuando era niño. Salíamos a volarla todos los domingos que hacía viento. Ahora que él no está no la uso nunca... - contó Pedro tristemente.

Esa cometa, con lo mucho que significaba para él y aún así había decidido donarla. Eso demostraba que Pedro tenía un lado blando y generoso. Según se fue decidiendo guardarla. Me prometí a mí mismo que se la devolvería algún día.

- Hemos conseguido 2300 pesetas hoy - me dijo Rosa al final de la tarde.

- Con todo el dinero quizá además de las medicinas podamos llegar a comprar una silla nueva - dije yo.

Para descansar del largo día me senté en un banco cercano a leer mi libro favorito.

- Viaje al centro de la tierra, de Julio Verne. Me encanta ese libro - dijo Rosa acercándose.

- ¡¿Ah sí?! Es mi libro favorito - contesté yo. - ¿Qué otras cosas te gustan? - pregunté

- Me gusta escuchar música, leer, conocer gente nueva... pero, lo que más me gusta es pasear por el parque bajo la luz de las estrellas - contó ella con confianza.

- Podríamos pasear por el parque juntos algún día... - insinué yo.

- Quizá, algún día - contestó de forma misteriosa.

Después de conseguir 15000 pesetas decidimos que era suficiente. Devolvimos las cosas que sobraron a sus dueños y nos preparamos para sorprender a Pedro. Habíamos planeado dárselo a la salida del colegio. Al final de las clases, Rosa, unos cuantos alumnos más y yo esperábamos en la puerta, pero Pedro no aparecía. Al parecer nadie lo había visto en todo el día. Decididos nos acercamos a su casa. Solo Rosa y yo nos adentramos más allá, hasta la puerta.

- Hola Pedro, ¿por qué no has venido hoy a clase? - preguntó Rosa cuando Pedro abrió la puerta.

- Mi madre está enferma - al decirlo intentaba ocultar su tristeza, pero la inflamación de sus párpados hacía pensar que había estado llorando.

- Para eso hemos venido, - empecé yo. - ¿Recuerdas que estábamos haciendo un mercadillo?

- Sí, ¿ha habido algún problema con mi cometa? - preguntó

- No, no. Te mentí. En realidad el mercadillo no era para ayudar a los niños como te

había dicho, era para ti. Vimos que tenías problemas de dinero y decidimos echarte una mano - me sinceré dándole el sobre con el dinero.

- Pero... esto es mucho dinero... No puedo aceptarlo - dijo abriendo el sobre.

- Claro que sí, es para ti, para tu madre, para que podáis vivir más tranquilos - dijo Rosa con su dulce voz.

- Gracias - dijo con la voz entrecortada y rompió a llorar. A lo seguido nos dio un gran abrazo. El resto de estudiantes, que estaban esperando fuera, se acercaron con la preciosa cometa de Pedro y una silla de ruedas nueva y se unieron al abrazo. Cuando alguien al que has tenido toda tu vida te abraza emocionado sientes una sensación increíble.

Pedro dejó de abusar de la gente del instituto y se convirtió en un gran amigo para mí. Nos confesó que solo hacía mal a otras personas para protegerse a sí mismo y que nadie pudiera meterse con él. Se ponía esa coraza para evitar mostrar sus sentimientos y fragilidad.

Por fin, unos días después, quedé con Rosa en el parque. Nos tumbamos en la verde hierba mirando hacia el cielo.

Me arreglé todo lo que pude para la ocasión, me puse los vaqueros más nuevos que tenía y una camiseta blanca. Me engominé el pelo y me puse mi mejor colonia. Rosa llevaba un vestido amarillo y zapatos a juego. Lo mejor era su pelo. Se había hecho un peinado increíble que atraía las miradas a su paso.

- ¿No es precioso este cielo estrellado? - me dijo viéndome a los ojos.

- Sí, es precioso - contesté yo.

Me sorprendió que esa noche las estrellas brillaban más que nunca, solo para nosotros dos. La luna iluminaba el parque con su tenue luz, suficiente para distinguir la cara de Rosa. Esa noche descubrí un sentimiento nuevo y extraño, "el amor".

No sé si fue por la magia de las estrellas o por la belleza de la luna, pero me enamoré de Rosa al instante. La estreché apasionadamente entre mis brazos y nuestros labios se fundieron en un beso. Me sentí flotando por el cielo hasta llegar más allá, a un universo paralelo donde solo existía Rosa y la luz de las estrellas.

FIN